

Leyendas y Narraciones Japonesas. No. 3.

LA LIEBRE DE INABA.

Traducción de Gonzalo J. de la Espada.



Publicado e impreso por T. HASEGAWA, 17 Kami Negishi, Tokyo.

La Liebre de Inaba.

ESTOS eran ochenta y un hermanos, todos príncipes del país, y cada uno deseando ser Rey para mandar á los demás y gobernar el reino. Otra cosa aumentaba sus mutuos celos y desconfianza: todos aspiraban á la mano de la misma princesa, la Princesa de Yakami, en Inaba.

Por fin decidieron ir juntos á Inaba y tratar cada uno por su parte de obtener el favor de la Princesa. Es de saber que aunque

製復許不有所樓版
Es propiedad. Derechos reservados.

西文日本昔噺第二輯ノ三 因幡の白兔

大正三年五月八日印刷
全 五月十四日發行

譯者 エスバダ

發行者 東京市下谷區上根岸町十七番地
長谷川武次郎

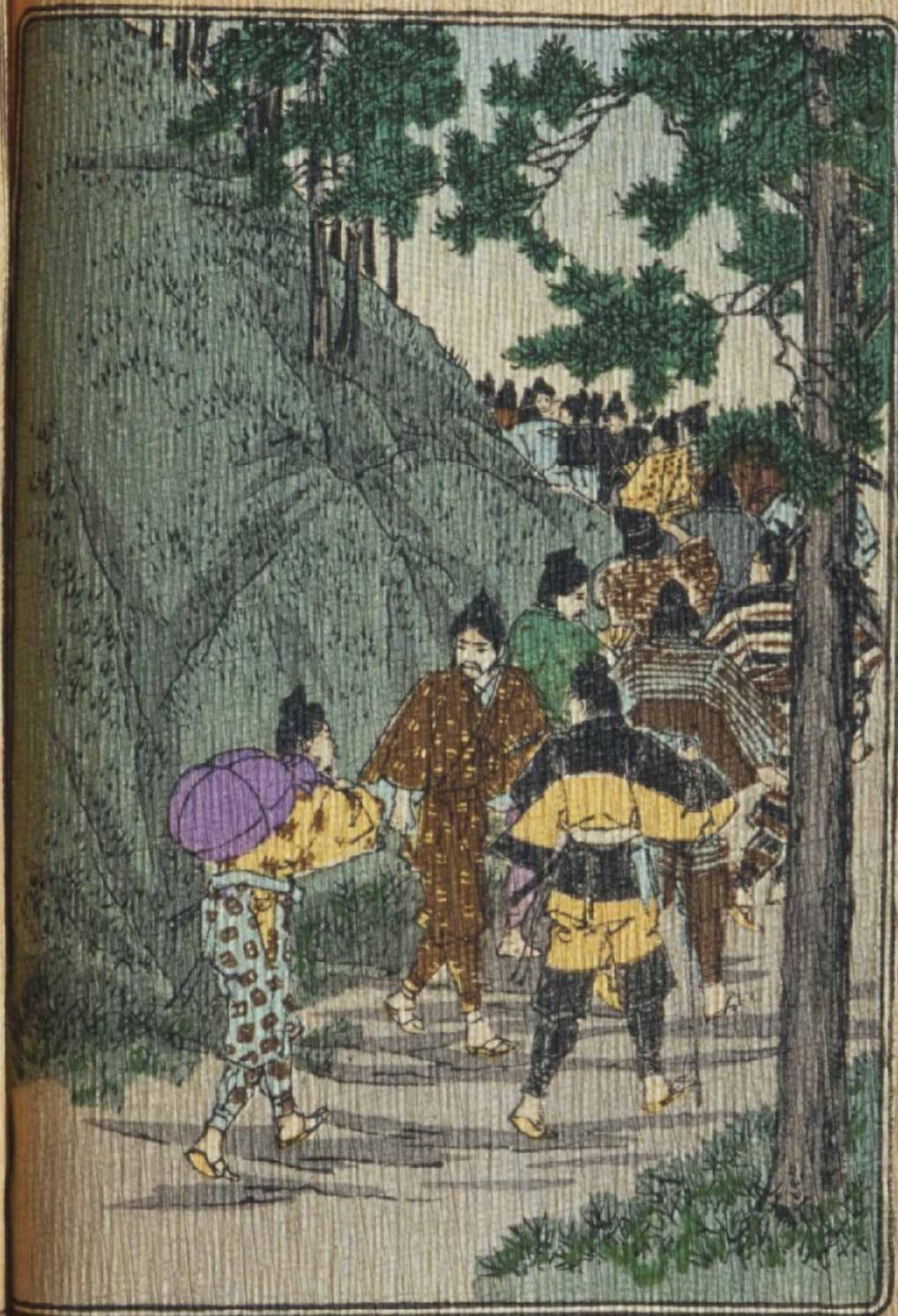
印刷者 全 京橋區弓町十五番地
柴田喜一



解者永澤

ochenta de los hermanos se odiaban cordial y mutuamente, los ochenta estaban de acuerdo en un solo punto: en vejar y maltratar al que hacía el número ochenta y uno, que era bueno, amable y poco amigo de las maneras rudas é insolentes. Cuando se pusieron en camino, pues, obligaron al pobre hermano número ochenta y uno á marchar en la retaguardia, cargado con el equipage de todos, como si fuese un criado y no su propio hermano, y tan príncipe como el más pintado.

Anda que te andarás, los ochen-



ta hermanos llegaron al Cabo Keta, donde encontraron una pobre liebre con toda la pelleja pelada, en un estado enfermizo y miserable. Los ochenta hermanos dijeron á la liebre:

“¿Sabes lo que debes hacer?”



Vé á bañarte en el agua del mar;
sandsap



tiéndete en la falda de una montaña bien alta y deja que el viento te oree. Ya verás como te crece el pelo, palabra de honor.”

La pobre liebre lo creyó y fué y se bañó en el mar, y después se

tumbó al sol y al viento para orearse. Pero al secarse la sal toda la piel de su cuerpo se cuarteó y saltó con el sol y el viento, de modo que el animalito sufría horriblemente y yacía en el suelo quejándose, mucho peor que antes.

Pues, señor, que el hermano ochenta y uno venía muy á la zaga de los otros, porque tenía que conducir el equipage; pero al fin llegó, agobiado por la pesadísima alforja. Al ver la liebre le preguntó:

“¿Porqué estás ahí echada y quejándote?” “¡Ay, Señor mío de



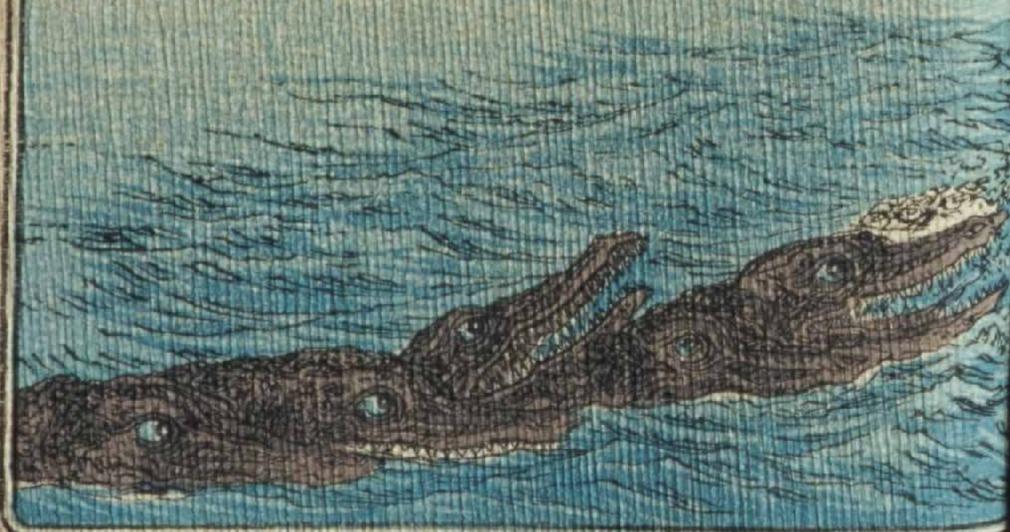
mi alma!” dijo la liebre, “descanse un poco y le contaré toda mi historia. Yo vivía en la Isla de Oki y quise pasar á estas tierras. No sabía como cruzar el mar, hasta que dí con un arbitrio. Dije á los cocodrilos del mar: “Vamos á contar



cuántos cocodrilos hay en el mar y cuántas liebres hay en la tierra. Empezaremos por los cocodrilos. Venid, venid, tendeos en una fila desde aquí al cabo Keta; después yo iré saltando de uno á otro y los contaré por el número de mis pasos. Cuando acabe contaremos las liebres, y así sabremos qué hay más, liebres ó cocodrilos.” Los cocodrilos vinieron y se tendieron en una fila. Fuí saltando sobre ellos y contándolos hasta llegar junto á tierra; entonces solté la carcajada y dije: “¡Necios cocodrilos, bastante me importa

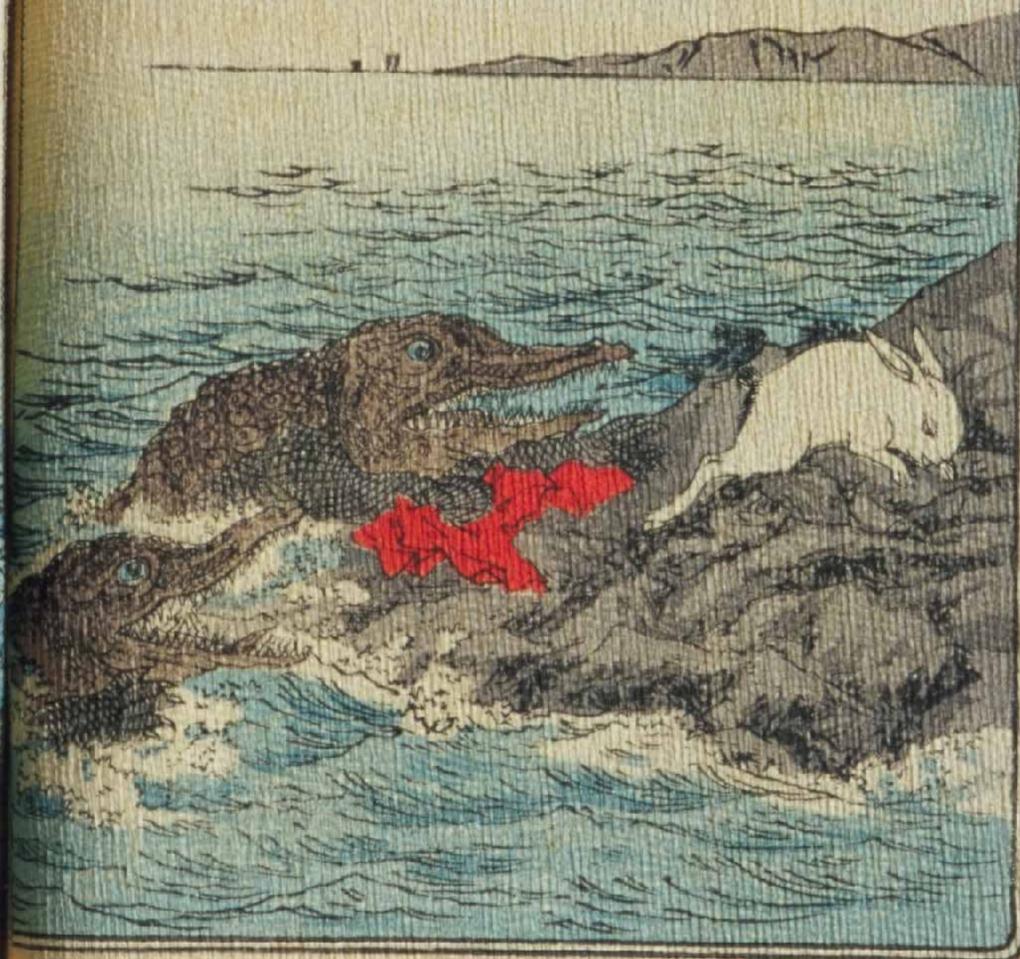
que seáis pocos ó muchos! Lo que yo quería es que me sirviéis de pasaderas." ¡Ay! ¡porqué me jacté antes de estar á salvo en tierra! El último cocodrilo, el que estaba justamente al extremo de la fila, me agarró y me dejó todo pelado."

"Y te lo tenías merecido, por



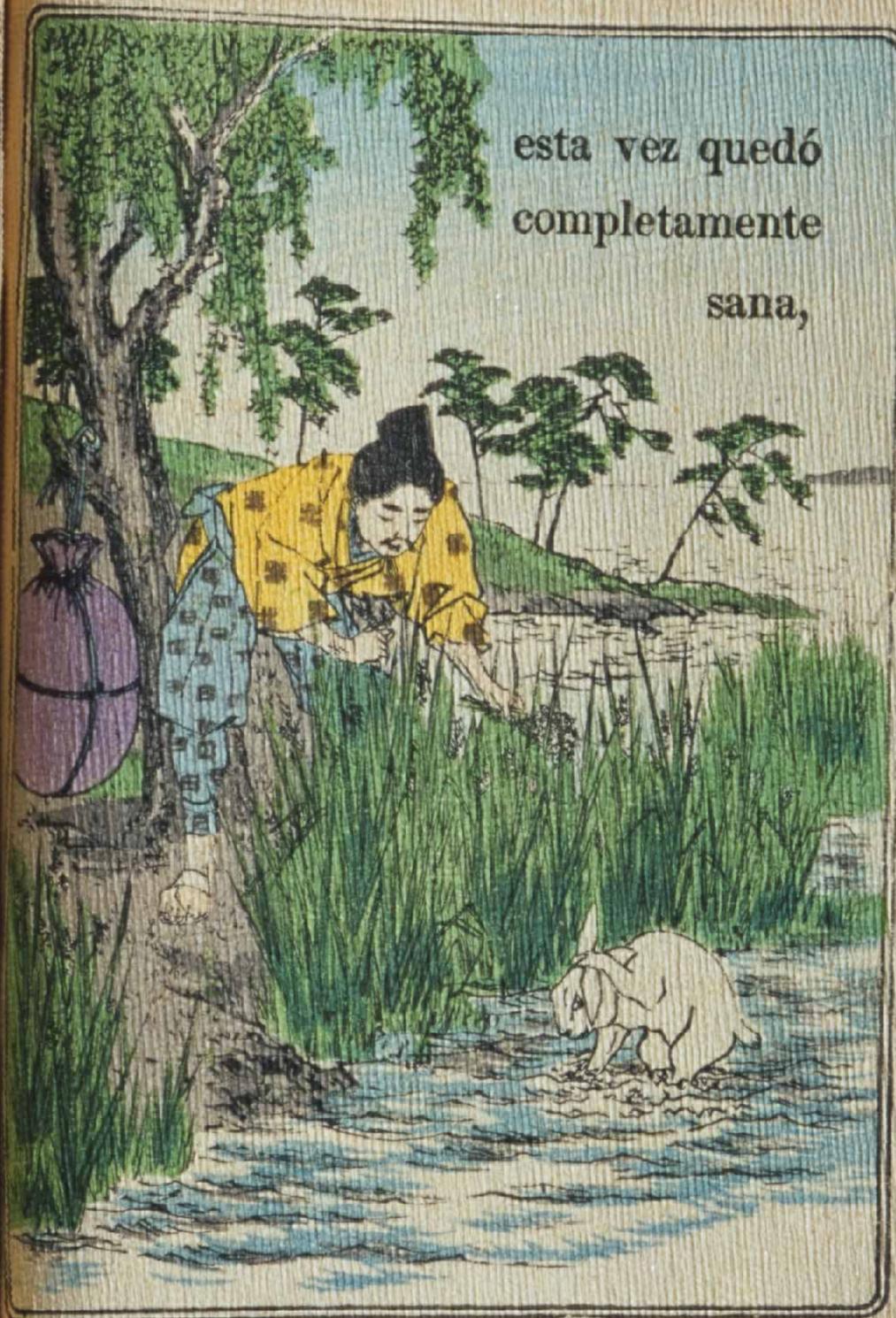
tramposa," dijo el hermano ochenta y uno; "pero sigue tu historia."

"Estaba yo tendida y quejándome," prosiguió la liebre, "cuando



los ochenta príncipes que te preceden me dijeron que me bañase en agua salada y que me expusiese al viento. Hice lo que me decían, y aquí tienes el resultado: todo mi cuerpo es una pura llaga.”

Entonces el hermano ochenta y uno dijo á la liebre: “Vé volando al río, que está aquí cerca. Lávatte bien con el agua clara, después toma polen de los juncos que crecen á la orilla del río, extiéndelo en el suelo y rebózate bien en él; si lo haces al pie de la letra, sanará tu piel y echarás pelo nuevo.” La liebre hizo lo que le decían; y



esta vez quedó
completamente
sana,

y el pelo le creció más espeso que nunca. Entonces la liebre dijo al hermano ochenta y uno:

“Yo te aseguro que los ochenta príncipes, tus hermanos, no serán dueños de la Princesa de Inaba. Aunque



tú llevas la alforja, tu alteza será, al fin, señor de la Princesa y del país.”

Y así sucedió, porque la princesa no quiso ni ver á los ochenta pretendientes, sino que eligió al ochenta y uno por generoso y bueno. Después le hicieron Rey del país, y vivió largos años feliz y contento.



